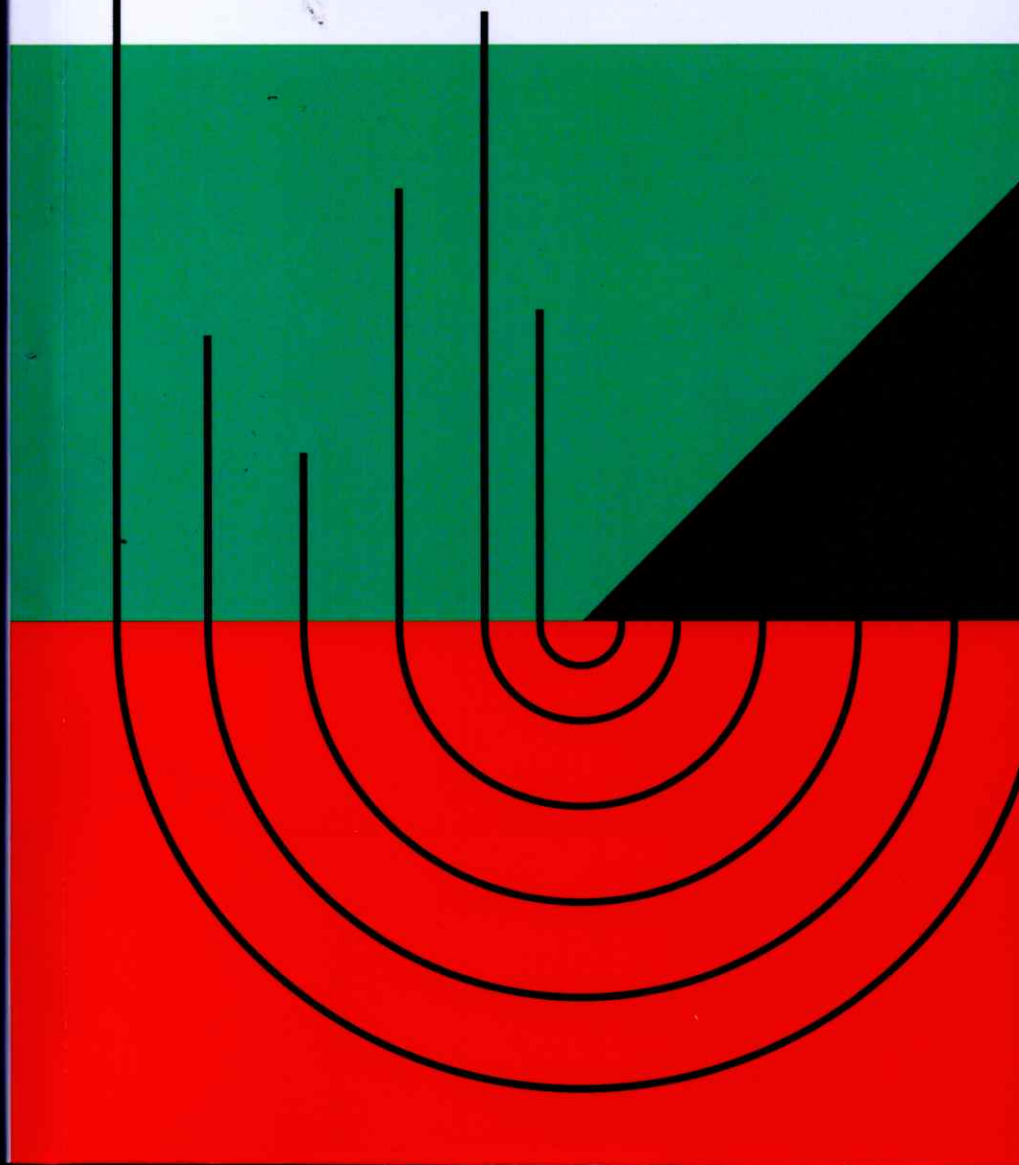


**Las humanidades  
en la universidad contemporánea**

Juan Monroy García  
(Coordinador)



Primera edición: 2020

Este libro fue positivamente dictaminado bajo la modalidad de pares ciegos.

© Juan Monroy García (Coordinador)

© Editorial Torres Asociados

Coras, manzana 110, lote 4, int. 3, Col. Ajusco

Delegación Coyoacán, 04300, México, D.F.

Tel/Fax 56107129 y tel. 56187198

editorialtorres@prodigy.net.mx

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes, para fines comerciales, sin la previa autorización escrita del titular de los derechos.

ISBN: 978-607-8702-20-6

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
TODA LA FILOSOFÍA ES CRÍTICA DEL LENGUAJE <i>Robert Stingl</i>	11
EL CONCEPTO DE MUNDO, UNA REMINISCENCIA KANTIANA EN EL PENSAMIENTO DE WITTGENSTEIN Y SUS IMPLICACIONES. <i>Juan Jesús Monroy Mendoza</i>	41
EL DESPLAZAMIENTO LINGÜÍSTICO, LA ECOLOGÍA DE PRESIONES Y LA SOCIOCOMPLEJIDAD COMO POSTURA EPISTEMOLÓGICA EN EL ESTUDIO DE LAS LENGUAS MINORITARIAS <i>Virna Velázquez</i> <i>Hugo Andrade</i>	59
LA MÁS GRANDE PASIÓN: EL MIEDO A LA MUERTE <i>Ismael Nazario Millán</i>	83
EL DIALOGO COMO UNA PROPUESTA INTERCULTURAL: ENTRE LA ESCUCHA Y EL HABLA <i>Abril García Brito</i> <i>José Mariano Iturbe Sánchez</i>	111
CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DE LOS PLANES DE ESTUDIO DE LAS LICENCIATURAS EN FILOSOFÍA, EN MÉXICO <i>Juan Monroy García</i>	141



IDENTIDAD LATINOAMERICANA.

UNIDAD DE SU LITERATURA

*Herminio Núñez Villavicencio*

169

SEMBLANZA DE LOS AUTORES

199

## INTRODUCCIÓN

El presente texto *Las humanidades en la universidad contemporánea*, reúne diversos trabajos, entre ellos está, el artículo de Robert Stingl, denominado: *Toda filosofía es crítica del lenguaje*, donde nos narra el encuentro de dos filósofos del lenguaje, Wittgenstein y Popper, en 1946. Popper sostiene, con la verificación y falsificación, que el conocimiento no es absoluto, pero es posible. Mientras Wittgenstein sostiene que, los problemas filosóficos son causa de un defecto del lenguaje, por lo tanto, la filosofía del lenguaje no puede obtener conocimiento. Estos temas son abordados ampliamente por Robert Stingl.

Robert también nos menciona que Wittgenstein llegó a la conclusión de que el conocimiento a través del lenguaje no es posible. Agregando, además que, los problemas filosóficos, son causados por el lenguaje y sólo se pueden resolver a través del lenguaje mismo. La idea fundamental de la problemática de la crítica del lenguaje es la siguiente: el lenguaje está criticado por el lenguaje.

Juan Jesús Monroy Mendoza, nos presenta su trabajo titulado, *El concepto de mundo, una reminiscencia kantiana en el pensamiento de Wittgenstein y sus implicaciones*, donde el autor parte de una preocupación por reivindicar el papel de la filosofía del lenguaje y concretamente del filósofo Ludwig Wittgenstein, en esta ocasión tratando de demostrar la articulación del pensamiento del vienés con el “esquematismo trascendental kantiano”, contenido en el texto *Disertaciones latinas de Kant*, que precisamente comienza versando sobre el concepto de mundo que plantea Emmanuel Kant. En



*¿incide en la sociedad actual?*, Torres y Asociados, México.

**Resumen: (español)** El presente ensayo tiene como objetivo analizar los planes de estudio de las licenciaturas de filosofía de veintiuna universidades públicas del país, con el fin de consignar rasgos comunes, así como algunas diferencias fundamentales. En la mayoría de los planes de estudio consultados mencionan dentro de su perfil de egreso la docencia a nivel medio superior y superior, y contemplan dentro de su mapa curricular las asignaturas de: didáctica general o de la filosofía, así como filosofía de la educación. Por otra parte, también cabe desatacar que dichos planes incluyen algunos cursos de Filosofía Latinoamericana y de filosofía en México, como mínimo dos cursos a excepción de la BUAP, la U de G y la UAEM, Estado de México que tiene un área específica con cinco o seis asignaturas.

**Abstract: (inglés)** This essay aims to analyze the study plans of the philosophy degrees of twenty-one public universities in the country, in order to record common features, as well as some fundamental differences. In most of the study plans consulted, they mention teaching at the upper and upper secondary level in their graduation profile, and they contemplate within their curricular map the subjects of: general didactics or philosophy, as well as philosophy of education. On the other hand, it should also be noted that these plans include some courses in Latin American Philosophy and philosophy in Mexico, at least two courses with the exception of BUAP, U de G and UAEM, State of Mexico which has a specific area with five or six subjects.

## IDENTIDAD LATINOAMERICANA. UNIDAD DE SU LITERATURA

*Herminio Núñez Villavicencio*

### INTRODUCCIÓN

El fenómeno literario ha tenido y seguirá teniendo múltiples maneras de entenderlo en cualquier lugar y tiempo en el que se le considere, tanto en las refinadas sociedades como en las sencillas. En estas páginas hacemos algunas consideraciones sobre la denominación Literatura latinoamericana que nos plantea algunas interrogantes, como la de su identidad<sup>1</sup>: ¿en qué sentido se puede hablar de una literatura latinoamericana? ¿cada región o país en el territorio en consideración tiene su propia literatura? ¿cuál es el rasgo distintivo que le da identidad? ¿cuál es su relación con la llamada literatura universal? No es ciertamente fácil responder a estas preguntas de manera convincente, porque nos topamos con la necesidad de sustentar, en primera instancia, su unidad, sus peculiares características que autoricen llamarla de esta manera.

Desde la perspectiva temporal este apelativo se usa desde hace más de doscientos años, comienza a ser llamada paulatinamente literatura latinoamericana a partir de la constitución de los diferentes países que también

<sup>1</sup> Identidad, término usado en nuestros días de manera imprecisa, pero todavía con dominio de una visión única y estática, visión que ha continuado a través de los siglos como dominante y es señalada epistemológicamente como esencialista, visión que no nos apoya en estas consideraciones.



tienen ese calificativo. Consumada la independencia de España, cada país se ocupó en perfilar la visión de sí mismo, cada entidad dio relieve a sus peculiaridades y, entre ellas, a su literatura. También desde entonces, se ha hablado de una literatura latinoamericana. Hay consenso entre quienes se ocupan de esta expresión artística que en las postrimerías del siglo diecinueve ya había un sistema literario en Latinoamérica; es harto difícil imaginar cómo en esos tiempos y circunstancias se podía llegar a una conformidad entre todos los países latinoamericanos. Se sabe que el reconocimiento universal, esta literatura lo tiene a partir de los años sesenta del siglo veinte. Sin embargo, en tiempos en que visiones, categorías y valoraciones son puestas a discusión "lo latinoamericano" sigue siendo motivo de amplia polémica, tiene consensos y discrepancias, y en este ambiente de indagación la cuestión tiene relevancia en diferentes ámbitos, en el político, en el cultural y en algunos otros, de manera semejante a como sucede con términos como identidad y literatura, entre otros. Lo que parece cierto es que en nuestros días esta cuestión es más complicada que si se tratara de una identidad "clara y distinta", como se quería en una forma de pensar abocada a definiciones y clasificaciones estables. Ahora es difícil hablar de identidad de esa manera, los cambios se aceleran y más que de una identidad en la acepción tradicional y estable, se mencionan identidades determinadas por las cambiantes relaciones que se establecen entre los elementos que componen un sistema. Esta manera de ver la identidad es clara en el ámbito de la política, en la concepción misma del individuo y en muchos casos más en que trasluce una ontología no ya de la definición acabada, sino la del continuo movimiento.

## ¿UNIDAD LATINOAMERICANA?

El mismo nombre de Latinoamérica no deja de ser una denominación imprecisa y convencional, como lo señala José Luis Martínez<sup>2</sup> este es el nombre dado al conjunto de los veintiún países que se independizaron de España a inicios del siglo XIX, de los cuales, la gran mayoría habla ahora la lengua española. Sólo dos de este grupo hablan lengua diferente: Brasil la lengua portuguesa y Haití la francesa. Después de esta primera oleada de independencias otros territorios lograron la suya y con ello aumentó también la diversidad de lengua. Esta es parte de la complejidad que presenta el territorio con la denominación que nos ocupa, es una realidad heterogénea, que lo era todavía más antes de su conquista por los europeos. Pero una vez conquistado éste, por razones obvias, su gobierno procuró de muchas maneras su unidad. Sin embargo, el proceso de uniformidad procurado por la colonización no pudo cancelar las diferencias entre las múltiples piezas del mosaico latinoamericano, no consiguió su propósito, al grado que ahora no se pueda decir que la aglutinación de las diferencias pudo lograrse por primera vez. El imperio no alcanzó la indiscutida unidad del territorio, no pudo cancelar su heterogeneidad de origen, historia, raza, religión, tradiciones..., de modo que no se puede decir que el conquistador haya logrado una unidad concebida como apropiación -lograda mediante la propagación de su propia visión- o cancelación de la heterogeneidad peculiar del territorio, con el fin de facilitar la consecución de los objetivos que se había propuesto.

<sup>2</sup> José L. Martínez, *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 2ª edición corregida, 1979, p. 11.



En efecto, el amplio territorio que llamamos latinoamericano sigue manteniendo con vitalidad su heterogeneidad, como la sigue manteniendo cada país en su interioridad. Sin embargo, en ambos casos, en cuanto al conjunto de países y en relación también a cada país en particular, se sigue hablando de unidad. ¿Se trata entonces de unidades convencionales? Tal vez y para no decirlo con expresiones más fuertes, son unidades dinámicas en algún sentido y sobre todo interesadas en la propia realización; así se puede entender claramente su concepción en "Nuestra América" de Martí, en la que se busca aunar identidades híbridas para asegurar el futuro y anhelado renacimiento de una nación. Tenemos todavía fresca la memoria de lo que sucedió en la antigua Yugoslavia, debemos considerar lo que está sucediendo en Medio Oriente o lo que nos puede suceder o nos está sucediendo en las vacilantes relaciones entre países, de manera concreta en lo que se determina en los tratados comerciales. Se ha dicho con frecuencia que nuestro país en las últimas décadas ha sido poco definido, tibio en su pertenencia latinoamericana, se comenta que México se mantiene en una relación vaivén; este reproche es ahora más sonoro por los discutidos y apremiantes acuerdos comerciales que constituyen verdaderas pruebas de definición, en las que no importando sobrepasar peculiaridades que tradicionalmente se tomaban en cuenta en la distinción de identidad (origen, historia, raza, religión, lengua, tradiciones...), lo que cuenta y en alguna medida define es la relación económica. Ésta no es una novedad, pero ahora queda claro que las relaciones que establezcamos inciden de manera terminante en nuestra identificación. La distinción como nación se ve condicionada por las relaciones fundamentalmente económico-políticas vigentes en la interrelación de naciones.

Al interior de nuestro país no se ha logrado la homogeneización tanto procurada. En Latinoamérica sucede más o menos lo mismo. A lo largo de la historia de nuestros países, en su construcción, ha pesado también de manera decisiva el pasado. Este sí podemos decir que es una experiencia común de todos los latinoamericanos, todos hemos padecido la colonia; pero también este pasado común se puede olvidar cuando se trata de lo económico, ya que no faltan conciudadanos que se alinean en la defensa ya no del dominio español sino del dominio del capital. El pasado común de la colonia ha sido olvidado por algunos, no ha sido un obstáculo para los lances de egoísmo y prepotencia no sólo al interior de nuestros países, sino también entre ellos. No olvidemos que durante la colonia y a lo largo del desigual territorio que llamamos latinoamericano, sobre sus hombres, sobre sus culturas y hasta sobre la naturaleza misma, se quiso imponer modelos que favorecieran el proceso unificador que facilitara su gobierno. Ese fue el primer intento de unificación, sobre todo bajo una religión, una lengua y una visión de mundo.

Terminado el ciclo de la colonia a principios del siglo XIX, los nuevos países se prefijaron alcanzar una emancipación más amplia, aduciendo y exaltando sus peculiaridades. Sucedió entonces que a la fallida unidad latinoamericana perseguida por el imperio español le sucedió el periodo de formación e identificación de los nuevos estados, programa que se basaba en dar a conocer los propios rasgos exclusivos de cada país. Así, a la política de homogeneización -o diríamos ahora, de aspectos de globalización- le sigue una tendencia disgregante. Otros momentos de búsqueda de la unidad en Latinoamérica vendrían después, pero en otras circunstancias y con otros motivos surgidos del desarrollo na-



cional, de la convivencia de naciones y de sus relaciones con el exterior.

El segundo gran intento de unidad, pero con nuevos objetivos lo constituye la iniciativa de Simón Bolívar que abarcaba en su proyecto de la "Gran Colombia" a algunos países en cuestión, pero procuraba la unidad de todos los incluidos en Latinoamérica. Hay opinión no de pocos que el proyecto de la Gran Colombia, pensada como conformada por los territorios de las actuales demarcaciones de Colombia, Ecuador y Venezuela, no convenía sino sólo al propio Bolívar. En consecuencia, esta nueva empresa de unificar a Latinoamérica no llegó más allá de ser un deseo principalmente de Bolívar, en realidad avanzó poco. El Libertador dio nombre a Bolivia, consiguió la independencia de algunos territorios..., pero sus dificultades para alcanzar sus anhelos de unificación eran incontables, algunas de las cuales todavía perduran, una de ellas es la enemistad abierta que se prolonga hasta la actualidad en las relaciones entre los gobernantes de las dos principales naciones que formaban parte de su proyecto; con la novedad de que ahora éstos son instigados en su enemistad desde el exterior.

En la actualidad y en las circunstancias de un mundo convulsionado, se sigue buscando, pero también se obstruye la unidad latinoamericana, en nuevas circunstancias y con nuevos medios que hacen más quebradizo el concepto de unidad y de identidad. Los acuerdos políticos, principalmente los económicos, son los que ahora erosionan y disgregan. Podemos decir que en la historia de Latinoamérica la tendencia a la unidad se ha manifestado con mayor o menor fuerza y de manera continua, pero esto también ha sucedido con la tendencia opuesta que se ha propiciado con el propósito de dar a conocer lo propio de cada país o la diversidad entre países y, a lo

largo del último siglo, también por intereses crasamente económicos perseguidos principalmente desde el exterior. Se puede afirmar, entonces, que una verdadera unidad latinoamericana nunca se ha dado. Es verdad que hablamos de Latinoamérica concebida como un todo, pero en realidad el referente es una comunidad sólo en sus ideales. Ciertamente tiene afinidades (lengua, religión, algunos rasgos culturales...), pero estos no son suficientes y son fácilmente olvidados cuando las circunstancias apremian. Todos los latinoamericanos, en cambio, sí tenemos en común el deseo de emancipación. Y esta ansia se ha expresado constantemente, con vehemencia y encanto en su literatura que sí es apreciada como una.

### ¿UNIDAD EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA?

En los primeros pasos de autonomía de los estados latinoamericanos fue intensa y constante la pregunta sobre la propia identidad, pero esta indagación se hacía sin dejar a un lado que todos estos países eran en alguna medida prolongación de culturas europeas; esto ocurría, sobre todo, cuando se tocaban cuestiones de amplitud continental, como sucedió con el movimiento modernista, cuestiones que se afrontaban con plena convicción de tener, por otra parte, raíces indígenas. Desde la institución de los diferentes países hubo conciencia de la dualidad, que se expresó en determinados momentos con ímpetu por quienes pugnaban por una visión universalista, y también por quienes defendían lo privativo de cada cultura, pueblo o región. Durante el siglo XIX los latinoamericanos sintieron de manera especial la necesidad de auto identificación, buscaron tener una visión clara de la propia identidad, que amalgamara la originalidad, la



condición y el destino de América Latina. Esta inquietud se dio en múltiples formas, en el pensamiento, filosófico, en la literatura, en las artes en general y en algunas otras expresiones.

En el siglo XX la excitación que causaba esta necesidad se mantuvo vigente, pero con otros agregados y otras directrices como respuesta a las nuevas circunstancias que principalmente los intelectuales fueron afrontando de manera cada vez más sistemática. En este sentido, el dominicano Pedro Henríquez Ureña en su escrito *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) inició un periodo de consideraciones en torno al tema, se preocupó por indagar acerca de lo propio de cada una de las nacionalidades culturales procurando su reconocimiento. Esta iniciativa se vio favorecida por circunstancias como las impuestas por la Primera Guerra Mundial y el periodo entre guerras, por las corrientes de pensamiento relevantes en ese tiempo, como fue la filosofía existencialista y por el ansia que había en las jóvenes nacionalidades de tomar parte en el diseño del nuevo orden mundial que entonces se estaba gestando. La caída que ya se vislumbraba del eurocentrismo y de los modelos europeos que hasta entonces habían tenido vigencia, atizaron el afán de aparecer en el concierto de las naciones, avivaron el hambre de reconocimiento y crearon una dinámica promisoriosa que se mantuvo sólo por algún tiempo porque en las últimas décadas del siglo pasado la preocupación por la identidad amainó en alguna medida. A los intelectuales y artistas latinoamericanos ya no les interesó tanto la expresión de lo que consideraban la latinoamericanidad y se allegaron cada vez más a consideraciones de universalidad, tal vez con la convicción de que Latinoamérica había llegado a la mayoría de edad, como lo demostraba su producción literaria. Ya en 1959 Guillermo de Torre

decía: "Cuando este continente pierda o sobrepase la obsesión de su autonomía cultural, esta será la señal de que verdaderamente ha llegado a poseerla"<sup>3</sup>.

Las reflexiones más importantes acerca de la naturaleza y carácter del arte latinoamericano en su conjunto, pero especialmente en el narrativo, se han ocupado de varios tópicos. En los países de lengua española era de esperarse que se interesaran en primer lugar de la cuestión de la lengua que no sentían completamente como propia, pero que al no poder cambiarla consideraban que sí se podía darle el toque latinoamericano. Enríquez Ureña consideraba que nuestro problema de expresión original y propia debe partir del reconocimiento y del hecho de que necesitamos un doble vigor para imponer nuestra tonalidad sobre una lengua ya creada por la literatura española<sup>4</sup>. En este punto se debe tomar en cuenta que este autor, al igual que otros más, hablan de Latinoamérica como totalidad, no se refieren sólo a sus respectivos países. En efecto, la literatura latinoamericana en su conjunto se distingue de la española porque en cada país o en cada región o grupo de países ofrece rasgos peculiares en sus expresiones, como lo podemos constatar principalmente en su literatura. Este es el motivo por el que en estas páginas nos limitaremos a considerar de manera sumaria el tema de la narrativa latinoamericana en la primera mitad del siglo XX, periodo en el que alcanzó no sólo notorio auge como tal, sino que, en las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX se originó y se le reconoció como sistema literario. En los años sesenta logró su reconocimiento universal.

<sup>3</sup> Guillermo de Torre, *Claves de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Cuadernos Taurus, 1959, p. 80.

<sup>4</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, Biblioteca Americana, FCE., México, 1960, pp.246, 250 259.



La novela ha sido el género literario dominante en la pasada centuria y en opinión de algunos expertos<sup>5</sup>, ha sido el acicate de las otras formas de literatura, en él ha venido a cifrarse el honor triunfante del continente, aunque como sucede en otros casos, siempre hay opiniones diferentes y para algunos, -apunta Ángel Rama-, sus virtudes mayores están en su poesía y en su ensayística, en los viejos géneros reales (Rama, 1986:16). Según este renombrado conocedor de nuestra literatura y también según otros autores, en América Latina la novela adquiere autonomía hacia el final del siglo XIX y hacia el inicio del XX por obra de los naturalistas, quienes fueron contemporáneos de los "modernistas", reconocidos como los fundadores de la autonomía de la literatura en una visión que la ubica por encima de las restrictas divisiones partidistas, políticas y, sobre todo, colocándola más allá de los regionalismos de las primeras décadas del siglo XX. Es opinión compartida que desde entonces el concepto de una función orgánica y coherente -aunque sin dejar de ser representativa de las vicisitudes en determinado tiempo y localidades- es la que fija las condiciones del ejercicio narrativo. Se reduce a pura ficción que por sí sola resulta "dicente" de la referencia que se proponía transmitir. Esta narrativa se desprende progresivamente de las adherencias con otros géneros literarios, en especial los correspondientes a la ensayística política y social con los que estaba entrelazada (Rama, 1986:385).

Al iniciar el siglo XX, el desprendimiento de la narrativa fue mayor, buscando con ello -repetimos- señalar su condición de ficción que, sin embargo, por sí sola resultara "manifestación" de una visión que se proponía transmitir; lo que no dejaba de comportar un progreso

<sup>5</sup> Ángel Rama, *La novela en América Latina*, México, Universidad Veracruzana, 1986. P. 10.

respecto a la teoría de la poesía que descendía del romanticismo y del simbolismo, en la que el "discurso de las ideas" resultaba excluido de antemano.

Como sucede en el intento de revisión de sistemas literarios vigentes, el camino que en esos casos se recorre, suele pasar por un previo retorno a las fuentes lejanas y en apariencia obsoletas, operando de esta manera nos damos cuenta que en el cambio de siglo se puede dibujar una época cultural latinoamericana en la que las diversas funciones intelectuales (el estudio sociológico, el planteo político, el periodismo, la ficción artística...) aún se encontraban reunidas en las pocas personalidades que había, capaces de ejercerlas todas indistintamente<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> En los años veinte del siglo pasado nuestro país sanaba sus heridas fratricidas mientras intentaba construir una patria. En otras latitudes algunos países se movían en busca del nacionalismo (Rusia, Italia, Alemania, Portugal), el ambiente era semejante al que hoy percibimos en muchas partes, de conmoción, de inseguridad y de regresión a sistemas autoritarios. Paradójicamente en esos años nuestro México postrevolucionario pugnaba por encontrar su esencia en las artes (murales de Diego Rivera y de José Clemente Orozco); se conseguía escribir y se leía buscando afirmaciones en la novela de la revolución; pero en el desorden y la necesidad apremiante había alguna posibilidad para la creación artística, había espacio para la creación musical y su deleite, como el proporcionado por las composiciones de Silvestre Revueltas en torno a armonías populares de raigambre común que se escuchaban en las plazas de los pueblos. Sin embargo, se ha señalado que poco se buscaba la identidad nacional en la literatura, eran tiempos de contrariedades, y los modernistas se distinguieron por su individualismo

Terminada la contienda los asomos de creación literaria se encontraban diseminados, no había una corriente literaria, un estilo, una agrupación de escritores que unificara artísticamente al desgranado país. La producción estaba centrada en testimoniar los hechos casi a nivel de crónica, era mayormente una literatura testimonial de los hechos. (Ver Carlos Fuentes, *La nueva no-*



El naturalismo es decisivo en la conformación de nuestra literatura. Un sostén a esta aseercción lo ofrece también Carlos Fuentes al señalar: en la novela hispanoamericana, de los relatos gauchescos a *El mundo es ancho y ajeno*, la naturaleza es la enemiga que traga, destruye voluntades, rebaja dignidades y conduce al aniquilamiento. Ella es la protagonista, no los hombres eternamente aplastados por su fuerza (Fuentes, 1976:10). La naturaleza como protagonista<sup>7</sup> parece ser el rasgo distintivo de la literatura latinoamericana de este periodo. “¡Se los tragó la selva! Es la frase sintomática de *La vorágine* de José Eustasio Rivera que puede tomarse como leitmotiv en la producción novelística de todo el continente en esos años. Esa frase significa el primer asomo de un rasgo homogéneo, representativo de un periodo de novelas nuestras. Ahora y en una perspectiva histórica podría pensarse que esta primera característica unificadora puede explicarse como una continuación o residuo del realismo del siglo XIX, pero la opinión que prevalece es que se debe a la influencia o, mejor, a la violencia ejercida por la naturaleza en el hombre, y no a la prolongación de un estilo o perspectiva teórica que había dominado en el siglo anterior en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica: “La novela estaba capturada en las redes de la realidad inmediata y sólo puede reflejarla” (Fuen-

*vela hispanoamericana*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1976).

<sup>7</sup> Todavía es relativamente fácil constatar ahora que un visitante europeo quede maravillado por lo que ve, toca, aspira o paladea en nuestro territorio: extensas mesetas centrales, mayores que la Pianura Padana, dimensiones que hacen tomar conciencia de la endeble y parva condición física humana; imponentes montañas, profundos despeñaderos de exótica y exuberante floresta al igual que interminables valles desérticos, inéditas texturas, insospechadas olfacciones y cautivantes o repulsivos sabores.

tes, 1976:14), dice Carlos Fuentes en relación a la producción novelística de esos años.

Este protagonismo de la naturaleza se ve mimetizado y consecuentemente prolongado por las relaciones personales que fueron más negativas y destructivas que la agresividad de la naturaleza. A lo largo del siglo XX la novela latinoamericana se ha ocupado de la lacerante condición de poblaciones aplastadas por otra figura que compete con la naturaleza en su ímpetu invasivo: la de la dictadura. Figura que, como lo señala también Carlos Fuentes, induce a pensar que más vale ser tragado por la selva que sufrir la muerte lenta en una sociedad de capataces que pretenden levantar construcciones de megalomanía pegadas con la sangre de multitudes anónimas<sup>8</sup>.

En este orden de ideas es inevitable tomar en consideración otra frase que ha permeado en gran parte de la novela latinoamericana, producida desde inicios del siglo veinte y que motivó la creación de la propia literatura, binomio que aparece como subtítulo del *Facundo* del argentino Domingo Faustino Sarmiento y que representa el drama común de nuestra literatura desde entonces: se trata de la dicotomía “civilización y barbarie”. Disyuntiva que se presta a discusión porque José Martí, por citar un caso, la considera de manera diferente a como se la ha entendido en la mayor parte de casos y que es la del sentido europeo, usada para justificar la conquista y el subsiguiente despojo. Martí expresó al respecto: “El libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y

<sup>8</sup> El escritor y dramaturgo suizo Friedrich Dürrenmatt ya había dicho una frase semejante al observar las pirámides egipcias.



la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”<sup>9</sup>. Palabras que bien pueden considerarse entre las iniciadoras de lo que posteriormente se conocería como visión poscolonial. Martí reacciona a una situación que también se expresa en literatura pero que va más allá de ella, responde al espíritu omnipotente y feroz, expresado en las primeras ocurrencias del *Fausto*, que la burguesía europea pone en movimiento sin adivinar los alcances de lo que está haciendo. Esa visión enciende una reacción general y también una creación que era la formulación exacta de una circunstancia histórica: la de la condición de dependencia de nuestros países, posición que en el último tercio del siglo XIX se reafirma al ser incluidos en la estructura económica de los imperios como colaboradores dependientes, incluidos en cuanto debíamos proveer la materia prima necesaria para las máquinas que la transformaban (minerales para las fábricas; tramas, personajes y escenarios para la sed de exotismo de las letras) en los países industrializados. Y, como inmenso territorio abierto, el latinoamericano fue considerado también refugio para millones de desheredados que Europa expulsaba para poder realizar el propio proyecto impoluto de crecimiento (heterodoxos, anarquistas, socialistas, ciudadanos considerados negativos en Europa, pero que en América muchos demostraron ser lo contrario); todo esto sin descuidar, por supuesto, la última fase del capitalismo: Latinoamérica estaba también programada para consumir los productos de las nuevas técnicas (las telas tejidas en Escocia con lana latinoamericana, los metales convertidos en utensilios y llamativos productos técnicos), la literatura que se producía sobre una

<sup>9</sup> José Martí, “Nuestra América”. *El partido liberal*, México, 30 de enero de 1891. *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. VI, 17.

América promisoría. Todo esto manejado con la exigencia de homologación, porque ellos eran los civilizados, el modelo de humanidad que, por serlo, se sentían no sólo justificados, sino hasta obligados a civilizar al otro, a evangelizarlo. El latinoamericano era considerado por el europeo como inferior, pero, como he dicho líneas arriba, el auto definido “civilizador” no alcanzaba a ver más allá de sus narices, porque, en primera instancia, el monolitismo cultural se ha venido desvanecido y, sobre todo, porque su aculturación haría tarde o temprano del latinoamericano un ser igual a ellos, lo que les despojaría de su situación privilegiada. En efecto, la homologación intentada por los europeos y ahora por el capital resultó una visión que tiende a disolver las formas regionales y tradicionales de cualquier parte del planeta para unificar el mundo a su propia imagen y semejanza, pero sin igualdad.

En este orden de ideas, las obras, los incipientes movimientos literarios, las corrientes estéticas e ideológicas que se acumulan en el curso de diferentes secuencias sobrepuestas y que se distribuyen en las múltiples áreas artísticas de nuestro continente, todas las expresiones que participan en el impulso constructivo latinoamericano, manifiestan, representan, en cambio, las vicisitudes de una cultura aplicada al propio proyecto de estructuración autónoma y de pulimento de la propia identidad<sup>10</sup>. En consecuencia, en la lectura actual de las

<sup>10</sup> En estas circunstancias hay que visionar el modernismo de nuestros artistas como un proteico discurso de liberación cuyas raíces fluyen de la revolución de las ideas producidas originalmente en el Renacimiento, ideas que impulsan al hombre a explorar los espacios espirituales de su existencia individual como eje del mundo en lugar de los espacios de un mundo preordenado y jerárquico. El modernismo lucha por crear narraciones contra emónicas que marcarán la producción humana en el



textualidades modernistas no se puede mantener más su reducción esencialista y se siente la necesidad de acentuar su pluralidad e indeterminación<sup>11</sup> que activa la apertura e inestabilidad de sus textualizaciones literarias y la conectividad entre éstas y las metamórficas instituciones sociopolíticas del mundo moderno. En literatura este dinamismo promovió la fractura arte/sociedad procurada por los escritores vanguardistas para poner en evidencia el desfase que encontraban en sus sociedades. La convicción de la que partían estos artistas era la falta de adaptación entre las formas literarias recibidas en herencia y la sociedad latinoamericana. En esa herencia se encontraba tanto la desilusión del simbolismo que había dado lugar al "sincerismo" de la poesía de las dos primeras décadas del siglo, como también al modelo narrativo realista que se había estabilizado y que generó la moda de la novela regionalista. Se tomó conciencia de las nuevas realidades, de las ciudades aluvión<sup>12</sup> que emergían después de la Primera Guerra Mundial para propiciar la aceleración del proceso económico programado por los imperios del momento (Inglaterra, Francia, Estados Unidos de Norteamérica). Ciudades que aprovechaban el talento de la juventud de provincia ansiosa de encontrar horizontes abiertos a la propia realización.

sinuoso camino que va desde el esencialismo hacia el existencialismo que desemboca en la cultura fragmentada y caótica de la posmodernidad.

<sup>11</sup> Octavio Paz discierne varios modernismos, no sólo en la cultura elitista, sino también en espacios diversos de la cultura popular. Ver *Cuadrivio*, México, J. Mortiz, 1965; *Los hijos del limo: del romanticismo a la vanguardia*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

<sup>12</sup> Aluvión en el sentido que lo usa Arturo Uslar Pietri en su *Breve historia de la novela hispanoamericana*, Caracas-Madrid, Edima, 1954.

El desacuerdo entre lo artístico y lo social imponía la corrección de esquemas literarios que obedecieran al dictado de la nueva realidad. Así, la ciudad llega a imponerse como ámbito y maestra de la creación. De modo que lo que la naturaleza había sido para los pre románticos, en adelante lo será la ciudad moderna para los artistas de vanguardia. En estas circunstancias parece claro que lo que movía a los vanguardistas no era sólo la ciudad mecánica de los futuristas, les llamaba la atención de manera especial el cambio que producía el encuentro de sectores sociales impares, el acercamiento violento de tradiciones que arrastraban consigo las nuevas estructuras urbanas, o el debate que se propagaba en sectores medios de las ciudades en el crecimiento y consolidación del poder de éstas.

En este animado clima, en 1922 la vanguardia ingresa oficialmente en el continente con la SEMANA DE ARTE MODERNO de Sao Paulo como respuesta de los jóvenes a los festejos del centenario de la independencia de Brasil. En ese evento había músicos, pintores y sobre todo poetas. En su producción se perciben con cierta facilidad los cambios que perseguían. Ya antes de los brasileños el mexicano José Juan Tablada, publicaba en Caracas las "poesías sintéticas" de *Un día*, con las que el "hai Ku" ingresó en la literatura de lengua española, seguidas un año después por Li-Po y Otros poemas, era nada menos que la aparición de la poesía ideográfica, derivada de los caligramas de Apollinaire. Y todavía con mayor anticipación, el chileno Vicente Huidobro publicó *Horizon carré* (París, 1917) y *Tour Eiffel* (Madrid 1918), después de haber propuesto con *El espejo de agua*, (Buenos Aires 1916) el principio del arte



poética creacionista<sup>13</sup>. El rasgo distintivo que entonces se distinguía en el horizonte artístico era la voluntad de distinguirse de quienes los habían precedido, había plena conciencia adquirida en la alegría de ser “nuevos”, de no tener deuda alguna con los predecesores (aunque las deudas eran innegables a mayor distancia, con París<sup>14</sup>) y

<sup>13</sup> En esta cuestión es necesaria mayor investigación, porque, como en otros casos semejantes, la contienda sobre quién y cuándo fue primero no está definida. Se considera que los escritores brasileños en situación de privilegio habían conquistado antes la elaboración de un concepto nacional de literatura, consecución sin par en otras áreas del continente en el siglo XVIII; de modo que los escritores brasileños ya podían disponer de la obra narrativa de un Machado de Assis (1839-1908), en la que había adquirido la propia autonomía el género novela. Con esos antecedentes la rica producción poética del “modernismo” paulista llega a su manifestación narrativa prototípica con *Macunaima* (1928) de Mario de Andrade (1893-1945), quien “da rostro al caos psicológico de un país en el que se reúnen los más diferentes elementos raciales y culturales”, porque, a diferencia de los textos de Oswald de Andrade (1890-1954), en la obra de Mario de Andrade se registra la plena articulación del sistema literario brasileño (Ángel Rama, *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, México, Universidad Veracruzana y Fundación Ángel Rama, 1986, p. 117.

<sup>14</sup> Los latinoamericanos compartieron la vanguardia del “ombbligo del mundo”, pero nunca fueron protagonistas, con frecuencia vivieron en el “ghetto” latinoamericano situado en el corazón del Quartier Latin en el que a inicios del siglo XX Rubén Darío tuvo tácito rechazo en la tendencia eurocentrista dominante, cuando los escritores europeos todavía no habían iniciado la diáspora: Artaud en México, Desnos en Brasil, Breton en Haití; pero más que otra cosa, la experiencia de la extranjería que sufrieron al contacto con la estructura cultural de la vanguardia, en la que deseaban fundirse, explica lo que todos los latinoamericanos, de manera unánime, encontraron en el París de los años Veinte y Treinta: su distante América Latina. Lo que recuperaron en París fue la originalidad de América Latina, su especificidad,

de disponer a voluntad del repertorio de una realidad que era la de su tiempo y que ninguno podría disputárselas. Ya no se trataba más del prurito de sentir más propia la lengua española y de rehacerla, la mirada ya no estaba dirigida al pasado sino hacia el futuro en la que poco a poco va teniendo presencia lo que se distinguiría como otro de los rasgos característicos no sólo de la literatura sino en general del arte latinoamericano, el llamado mestizaje. Al respecto Arturo Uslar Pietri considera que la literatura latinoamericana es de aluvión, heterogénea, apresurada y tumultuosa, nace mezclada e impura y en esta condición alcanza sus más altas expresiones. En su trayecto no se observa algo semejante a la acuciante pero también cargante consideración del pasado, a la ordenada sucesión de escuelas, a las tendencias y las épocas que caracterizan a las literaturas europeas. En la nuestra nada concluye y nada está vigorosamente ordenado. Todo tiende a traslaparse como las diferentes construcciones prehispánicas sobrepuestas en la colina de Cholula (Puebla) o hasta confundirse. Lo español se mezcla con lo autóctono, lo clásico con lo romántico, lo antiguo con lo moderno, lo popular con lo refinado, lo racional con lo mágico, lo tradicional con lo exótico y sin el dualismo de blanco y negro, de bueno o malo, sino con la mirada amplia e inclusiva siempre abierta y en movimiento<sup>15</sup>. Para Uslar Pietri esta incesante mezcla tanto en el tiempo como en el espacio es el rasgo mucho

su acento, su realidad única. Esto explica que con ellos no se repitiera la enajenación del fin de siglo anterior; al contrario, se entregarán a una América Latina viva y contemporánea, ubicada en una coyuntura política precisa, de la que tomará la chispa el Congreso Antiimperialista de Bruselas, evento fundamental para la reorientación ideológica de muchos latinoamericanos.

<sup>15</sup> Arturo Uslar Pietri, *Breve historia de la novela hispanoamericana*, Edima, Caracas-Madrid, 1954.



más acusado que el de la presencia de la naturaleza, más que el barroquismo popular o el realismo primitivo. Carlos Fuentes al hablar de la presencia de la naturaleza se refería de manera especial a nuestra narrativa, Pietri por su parte, considera la característica aluvial refiriéndose a un campo más amplio, como de manera semejante lo hace Federico de Onís que resalta la recurrente simultaneidad, la coexistencia de tendencias y escuelas, la supervivencia del pasado en el presente, la integración y enlace vertical de diferentes formas de cultura que las mantiene a todas vivas y presentes. Esta peculiaridad, concluye este autor "se manifiesta no solamente en la simultaneidad en la misma época, de autores representativos de las tendencias más diversas, sino también en la armonía y la síntesis de todas esas tendencias en ciertos autores que, por ello mismo, se muestran los más grandes y originales"<sup>16</sup>.

Cabe pensar si nuestra literatura, arte y cultura en general no acostumbran el orden y sucesión rigurosos, de esto se sigue, entonces, que ¿es inútil preciarse de pretender organizarlos de manera incuestionable? Una literatura y una cultura no se crean de la nada, ni de un día para otro; Los europeos tienen más de veinticinco siglos de antecedentes, nosotros, en cambio, por algunos siglos hemos sido enajenados, se nos ha despojado de lo propio y se nos ha impuesto la visión de las cosas que tenía entonces el conquistador, éramos un instrumento para sus fines, nos encontrábamos sin pensamiento, sin juicio y decisiones propios. Durante el periodo de la colonia esta aculturación se fortaleció y sofisticó al grado que en gran medida llegáramos a absorber como modelo la visión de vida de los europeos. Pero esto no pudo su-

<sup>16</sup> Federico de Onís, "Introduction", *Anthologie de la poésie Ibero-Americaine*, Nagel, Collection Unesco, Paris, 1956, p. 17.

ceder completamente, porque en contrapartida el deseo de libertad no ha tenido límite, a tal grado que se pudo fraguar la independencia. Sólo después de ella fue posible iniciar la reconstrucción de nuestra realidad, pero ya con el nombre propio de cada país y, en su conjunto, como Latinoamérica. Es comprensible entonces que la tendencia documental y naturalista de la primera narrativa libre obedeciera a esa trama originaria de nuestra vida latinoamericana: el haber llegado a la independencia sin verdadera identidad humana, porque fuimos sometidos a una manera de ser mortificantemente extraña. En el ámbito de la literatura ocurrió una empresa ciclópea que ciertamente no precisó cambiar nuestro medio de comunicación, pero sí acomodarlo para que diera cabida a nuestra expresión. Para ello fue inevitable permutar lo que se nos había impuesto, amoldándolo como instrumento propio en el despliegue de nuestro desarrollo, en el ejercicio de nuestras capacidades como nueva realidad híbrida: mestizaje de infinidad de elementos culturales y artísticos que originan una peculiar sensibilidad y en general una nueva manera de estar en el mundo. En este orden de ideas Alfonso Reyes expresaba que hablar de cultura americana o hispanoamericana sería algo equívoco y más bien debería hablarse "de la inteligencia americana, su visión y su acción en la vida". Y agregaba con gran sentido práctico:

llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma a otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos y esto explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo



-que procuramos alcanzar a grandes zancadas no pudiendo emparejarlo a su paso medido-, es el único *tempo* histórico posible, y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura<sup>17</sup>.

En este tema se menciona de manera continua la relación con Europa, esto no sólo porque temáticamente hablando es lo más cercano que tenemos y porque para distinguirnos la comparación con ellos es la manera de diferenciarnos, sino también y, sobre todo, porque con España hemos tenido un pasado. Entonces, la asincronía con Europa, nuestra aceleración evolutiva y forzada improvisación, son todas ellas manifestación de algo más complejo que se ve con acento más emocional que simplemente intelectual. Nuestra vocación -dice Mariano Picón Salas- se vuelve sobre lo emocional y lo estético más que sobre lo pragmático<sup>18</sup>. En este punto es de tomarse en cuenta el hecho de que uno de los pocos latinoamericanos creadores de un sistema filosófico, José Vasconcelos, haya sustentado su concepción metafísica en un "monismo estético" y su teoría del conocimiento en un *a priori* también estético, es decir, en una intuición de naturaleza emocional<sup>19</sup>.

Lo desalentador es que la lograda liberación del poder conquistador no cambió mucho el sistema del poder en Latinoamérica. La independencia no consiguió sino superponer en muchos casos una nueva y más sentida tiranía que, se comprende, calcaba en cierta medida la

<sup>17</sup> Alfonso Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", *Ultima Tule*, imprenta universitaria, México, 1942, pp. 132-133.

<sup>18</sup> Mariano Picón Salas, *Crisis, cambio, tradición*, Edime, Caracas-Madrid, 1956.

<sup>19</sup> José Vasconcelos, *El monismo estético*, México, 1918; *Tratado de metafísica*, México, 1929; *Estética*, México, Ediciones Botas, 1936.

iniquidad que ya se había vivido generada por un extraño, no por un hermano. En nuestros países siguieron en el poder las dictaduras militares y las oligarquías nativas que en nuevas circunstancias convirtieron la explotación humana y natural en una segunda conquista: Cortés -dice Carlos Fuentes- encarna en Porfirio Díaz, Pizarro en Santa Cruz (Fuentes, 1976:11). En otros países que fueron de menor centralidad en la colonia, también se vivieron las consecuencias de un segundo poder despótico, de modo que, casi de manera inevitable se diera otra característica de la novela latinoamericana, cristalizada en la novela del dictador, tema recurrente a escala local, nacional o regional. En este punto, Tal vez no alcanzamos ni migajas de la decisiva experiencia que la *Polis* Griega legó a la cultura occidental, carecemos del cuidado que en esa sociedad se tenía por la vida en común. Una consecuencia de esta carestía se expresa de manera porfiada en nuestra narrativa en la que se clama justicia, se exponen a la luz del día las artimañas del poder, se advierten o son denunciadas sus funestas consecuencias. Esta experiencia de vida ha motivado, como lo señala Carlos Fuentes (Fuentes, 1976:12), que la mayor parte de escritores se incline por dar voz a quienes no pueden hacerse escuchar, nuestro novelista considera que su trabajo consiste en defender a los explotados y también en demostrar esa inaceptable realidad. Esta situación ha conducido a producir, en diferentes modalidades, una literatura militante desde sus inicios, pues surgió como la crónica inmediata de lo vivido, y logró dar a entender, además, que sin ella no se alcanzaría cierto grado de conciencia de la propia realidad. En países donde la oscilación pendular entre la dictadura y la anarquía reinaban, en lugares en que la única constante ha sido la explotación, en estados desprovistos de canales demo-



cráticos de expresión, carentes de información pública, de cámaras de gobierno verdaderamente representativas y responsables, de sindicatos independientes y de una clase intelectual sin condicionamientos, en esos lugares quien escribe historias se ve todavía impulsado a ser reportero, legislador, revolucionario y pensador-artista que nos permite asomarnos a la experiencia histórica de nuestros pueblos, con sus narraciones que se encaminan a la construcción de verdaderas novelas. En las endeble circunstancias en que vivían los países que se fueron conformando como consecuencia del desmoronamiento del antiguo imperio español era relativamente fácil el surgimiento de falsos redentores o de autodenominados padres de patrias. El mexicano Porfirio Díaz ha sido modelo en el recurrente tema del dictador en Latinoamérica, las acciones del Doctor Francia durante la revolución de independencia son llamativamente narradas y son vistas tanto por sus admiradores como por sus enemigos, como la encarnación de la realidad nacional buscada. Los dos personajes históricos han sido muy discutidos y, con frecuencia, llevados de un extremo a otro de la apreciación.

En *Yo el supremo*, vista como tratado sociológico, vuelven a estar presentes los modelos literarios del siglo XIX, pero la solución que al tema confiere el autor ya dista mucho de las formas primarias de los inicios de esta clase de narrativa. Roa Bastos no intenta establecer una tesis interpretativa que explicita y dé sentido a la peripecia narrativa, sino que, aplicando las posibilidades integracionistas de la novela moderna y las libertades conquistadas por los recursos literarios, remite todo el asunto al incesante discurso del Supremo, instala el problema en su conciencia, donde es debatido, fundado, defendido ardientemente. Este monólogo se complementa con una serie de documentos justificativos cuya función

es la de reforzar la verosimilitud del planteo; con esto evita que el lector que no conozca la historia pueda creer que se trata de una simple ficción o una antojadiza concepción del narrador. (Rama, 1986:394).

Las condiciones de América Latina son las que han determinado otra característica de su novela en el siglo XX, la de ser populista no en el sentido ahora desvirtuado del término, sino en una visión cuyo arquetipo es una especie de buen salvaje, hijo natural del pensamiento de Rousseau que ha sido aliciente no sólo de novelas y otras creaciones artísticas, sino también de constituciones políticas y de otro tipo de ordenamientos. Al inicio del siglo XX el escritor solía atribuirse con cierta facilidad el papel romántico de un liberador que con su pluma deshacía entuertos. En este sentido Carlos Fuentes es de la idea de que Sarmiento personificó en nuestro espacio el apogeo de esta actitud y, posteriormente, Rómulo Gallegos indicaría su crisis (Fuentes, 1976:13).

En el siglo XIX los términos simplistas de la ecuación civilización y barbarie era todavía, podemos decir, de aceptación sin reparos; en el pensamiento de entonces permeaba la visión hegeliana de Latinoamérica: el europeo veía al resto de humanos como bárbaros, la realidad era vista como dividida en dos partes, la del progreso y la del atraso; el intelectual se sentía viviendo en un mundo épico y su respuesta natural era la epopeya. Avanzado el siglo nuestro intelectual se dará cuenta de que la realidad es mucho más compleja, tanto al Interior del país como también internacionalmente, donde no son suficientes las armas de la razón y el apoyo de la moral para imponerse a una situación que había dejado de ser patrimonio regional de una minoría oligárquica opuesta a una masa anónima, en una república sin sustento propio, para convertirse en uno de los hechos centrales de



nuestro tiempo: la revuelta y el ascenso, contradictorios, complejos e internacionalizados del mundo sub industrial. Iniciada la segunda mitad del siglo XX en nuestra América también se inició un tránsito del simplismo épico a la complejidad dialéctica, un cambio de la seguridad de las respuestas a la impugnación de las preguntas.

Siguiendo a C. Fuentes en su consideración de la nueva novela latinoamericana, se ha señalado que entre la producción de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) y la de Rómulo Gallegos (1884-1969) nuestra literatura registró un cambio decisivo con el auge del comercio que mantiene la misma relación amo-esclavo de la colonia, pero esta vez los amos en cada nación se supeditan a una nueva metrópoli, la norteamericana que progresivamente va acrecentando su dominio. Así llegó a nosotros con más fuerza el capitalismo y con él la incipiente internacionalización cifrada en las relaciones de exportación e importación desventajosas que desde entonces se mantienen, porque vendemos materia prima a precios de ganga y, una vez que ésta es elaborada, la compramos a precios multiplicados. En el interior de nuestros países los amos siguen siendo en gran parte las mismas viejas familias dueñas del territorio que, con la urbanización, se ven obligadas a participar en el auge de la industria. En el exterior la relación se incrementa principalmente con las nuevas empresas financieras y con otro tipo de medidas que propician la urbanización, porque, lenta pero persistentemente, van desplazando hacia las ciudades los centros de influencia y producción. A partir de la segunda mitad del siglo XX, en Latinoamérica el urbanismo crece a gran velocidad y con ciertas características, que son sobre todo las del desorden, causado por un pragmatismo que invierte lo menos posible persiguiendo pingües ganancias, sin tomar en cuenta las condiciones

del trabajador y su entorno. En las grandes capitales latinoamericanas, exceptuando la mexicana, la clausura del periodo latifundista, la liberación física y legal, aunque no siempre económica del campesinado se debió a la demanda de mano de obra barata que requería el desarrollo industrial local, fortalecida por la expansión capitalista. De modo que la sujeción que se había dado en el campo desde tiempo atrás se mantiene en las nuevas circunstancias y con nuevos medios. La oligarquía diversifica sus actividades para sostener su continuidad como tal, sin abandonar del todo su base agraria de poder que considera otorgado tanto por la divinidad como por el derecho de conquista, se convierte así en intermediaria de las actividades mercantiles y financieras del mundo moderno en nuestros países latino-americanos.

En estas circunstancias la literatura tenía que cambiar forzosamente. La velocidad en que se sustituyen los cambios en el lapso de nuestra propia vida, las etapas de desarrollo de nuestras poblaciones conllevan periodos de auge literario específicos: la literatura que se había ocupado de manera primordial de la naturaleza y del mundo rural abre el paso a la literatura de la ciudad con su complejidad y otras características más. Es de mayor complejidad porque en este cambio se hace más notorio el papel de la crítica literaria, facilitada por las facilidades de comunicación. Si bien esta actividad no origina las obras, sí construye la literatura, entendida ésta como fenómeno o corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente; sí se puede decir que la crítica forma parte en la construcción tanto de la literatura como de la misma Latinoamérica que sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista y en continuo movimiento de realización. Alfonso Reyes y Henríquez Ureña son muestras inocultables de nues-



tra crítica literaria, en la edificación de la literatura, tal como la ha entendido lúcidamente Antonio Cándido en sus ensayos y como se ha venido practicando, como un sistema que religa plurales fuentes culturales. Pero la actividad crítica literaria en nuestras latitudes no ha alcanzado ni el desarrollo ni la originalidad que ha logrado la narrativa. A veces han aparecido beligerantes pronunciamientos que pretenden novedad como la alcanzada por la nueva narrativa -dice Ángel Rama- pero ninguno de estos combativos es recordado sino los autores del New Criticism o del Estructuralismo francés, cuando no es que se reclama total autonomía e independencia del resto de la cultura universal (Rama, 1986:169. De cualquier manera, la crítica literaria ha sido elemento en el crecimiento de nuestras letras, "ha participado en el espectáculo desconcertante de un continente intelectual reclamando su identidad y su originalidad, sin citar las espléndidas obras que en siglos se habían acumulado en esta misma tierra americana, pacientemente re articuladas por el pensamiento crítico de nuestros antecesores, éste -dice Rama- fue uno de los motivos por los cuales fundó la "Biblioteca Ayacucho" (Rama, 1986:16).

El crecimiento del pensamiento latinoamericano es notable y se acerca el momento en que tengamos nuestras propias categorías y medios para expresar de manera ajustada nuestra realidad de latinos en este continente.

**Resumen: (español)** En este escrito se hacen algunas consideraciones sobre la denominación Literatura Latinoamericana que, en nuestros días, incita a preguntar si en realidad es una ante el variado territorio geográfico y otros datos al que es referida y ante las Literaturas nacionales discutidas en un clima de globalización, tendiente a una visión universal de literatura. Iniciamos

preguntando si en realidad existe la unidad latinoamericana, para considerar después la unidad de su literatura. En este sentido, se señala que en los últimos años del siglo XIX ya se reconocía un sistema literario latinoamericano, y en los años sesenta del siglo XX la literatura latinoamericana logró reconocimiento universal con su novela.

**Abstract: (inglés)** In this Writing some considerations are made about the Latin American literatura, denomination which, in our day, encourages us to ask whether it is in fact one before the varied geográfical territory and other aspects to which it is referred and to the national literatures discussed in a climate of globalization aimed at a visión of universal literatura. In this sense, it is noted that in the last sixties of the twentieth century, Latin American literatura achieved universal recognition with his novel, and that as early as the late nineteenth century he was recognized as a literary system.

Virus Velázquez

Doctora en Lingüística y Maestra en Lingüística Aplicada por la UNAM, licenciada en Lengua Inglesa por la UAEM. Es Profesora de Tiempo Completo de la Facultad de Lengua de la UAEM, perfil PRODER, pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Su área de interés es la sociolingüística, particularmente las lenguas en peligro, las actitudes y la identidad, así como la interculturalidad y los derechos lingüísticos.

Hugo Andrés Mayer

Candidato a Doctor en Lingüística por la UNAM y Maestra en Lingüística Aplicada por la UAEM. Es pro-